

## Homilía para el 9 de septiembre de 2013

El evangelio de hoy consiste en enseñanzas que suenan chocante, y ellas se destinan a ser chocante. Se centran en la dedicación total que Jesús pide de nosotros para ser sus discípulos. Sin cariño ni conexión a la familia o bienes personales pueden tener prioridad ante el compromiso total que se requiere de un discípulo de Jesús. La aceptación al llamamiento para ser un discípulo, además, requiere disposición a aceptar la persecución y sufrimiento y una evaluación razonable de las adversidades y los costos. Para muchos de nosotros hoy en día tantas exigencias parecen muy confusas e excesivas. En esta homilía me enfocaré en la exigencia de Jesús, «Si . . . [cualquiera] no me prefiere a su padre y a su madre, a su esposa [o su esposo] y a sus hijos, a sus hermanos y a sus hermanas, más aún, a sí mismo no puede ser mi discípulo». En realidad todo nosotros estamos conscientes de este tipo de exigencia, aunque muchas veces no pensamos de ella en estas palabras.

Esto es el amor dentro del compromiso de matrimonio. Tal amor demanda una reivindicación total sobre el amado. Cuando estamos atraídos a alguien y empezamos a pensar en tener una vida juntos, nosotros seguramente tenemos que preguntarnos, ¿será esta persona la persona a la quién le puedo confiar mi vida? ¿Me aceptará esta persona como yo soy? ¿Podré yo aceptarla a ella o a él? Ninguna pareja casada puede anticipar que su amor crezca si uno de ellos retienen parte de él mismo o de ella misma. Ninguna esposa o ningún esposo quién es inseguro en el amor de un esposo puede crecer y ser cumplido.

A veces nosotros pensamos sobre las exigencias del amor—no importa que sea las de un esposo, las de una esposa, o las de los hijos o los padres, o hasta las de Dios mismo—con términos del deber o la falta de libertad. ¡Que manera tan espantosa de pensar en el amor! Ciertamente yo no quiero que mi esposa piense en mí como un deber ni como si yo fuese su captor.

Tampoco Nuestra Señor Jesucristo quiere eso. El es el más grande amante de nosotros de todos, el novio que entrega su propia vida para su novia. Nosotros, la Iglesia, somos la novia de Cristo. Nosotros estamos en una relación de amor con Jesucristo. Y ese amor

## Homilía para el 9 de septiembre de 2013

pone una reivindicación total sobre el amado. A veces nosotros en efecto le decimos a Dios, «Toma esta acción, esta oración, este sacrificio, pero no me hagas que te de mi ser en amor». Dios no quiere nuestras acciones o nuestras palabras o hasta nuestros sacrificios. Lo que quiere él es a nosotros y Dios usa las relaciones más cercanas que los seres humanos pueden experimentar para explicar cuanto él nos quiere.

Jesús mismo dijo, «¿No han leído que el Creador, desde el principio, ‘los hizo hombre y mujer’, y que dijo: ‘Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer, y serán los dos uno sólo»? (Mateo 19:5). Así que, cuando Jesús dice que debemos colocarlo a él en primer lugar en nuestras vidas encima de todas otras relaciones para ser su discípulo, él está diciéndonos que tan grande es su amor por nosotros y cuanto el quiere nuestro amor en regreso.

Cuándo nosotros tememos esta clase de amor, esta clase de compromiso—y mucha gente lo teme—nosotros corremos peligro en perder nuestras vidas. Yo recuerdo con mucha tristeza una conversación con una mujer quien nunca tuvo una relación o compromiso con su esposo y ni con Dios. Durante nuestra conversación, ella me dijo, «Para ser Cristiano, yo tengo que darle mi ser a Dios, y mi ser es todo lo que yo tengo. No puedo hacer esto». Ella estaba parcialmente correcta, por supuesto; eso es exactamente lo que Nuestra Señor Jesucristo nos pide a nosotros—que le demos a nosotros mismos a él. Pero ella estaba también incorrecta. Todo lo que nosotros tenemos es lo que donamos. Jesús nos dice, «El que intente guardar a su vida la perderá, pero el que la entregue, la hará nacer a nueva vida » (San Lucas 17:33). Si nosotros no le damos a Cristo nuestros seres, nosotros no tenemos aún a nosotros mismos. Nuestro Creador nos hizo para conocerle, para amarle, y para servirle. Nos conoce, y nos llama a él mismo para que podamos cumplir el rico potencial que él nos ha dado a nosotros. Así, cualquiera que ama sinceramente quiere solo lo mejor para un amado, aún más quiere nuestro Señor lo mejor para nosotros.

Que Dios nos de la fe y la valentía para estar dispuestos a renunciar todo para él.